

# **CARTAS A NENSI**



45.º PREMIOS LITERARIOS KUTXA CIUDAD DE IRUN

MARTHA ASUNCIÓN ALONSO

# CARTAS A NENSI

algaida



Un jurado compuesto por Luisa Etxenike, Aixa de la Cruz y Jon Bilbao concedió a la novela *Cartas a Nensi*, de Martha Asunción Alonso, el 45.º Premio Literario Kutxa Ciudad de Irun, en su modalidad de novela en castellano.



Primera edición: 2023

© Martha Asunción Alonso, 2023

© Algaida Editores, 2023

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

ISBN: 978-84-9189-875-7

Depósito legal: SE. 1775-2023

Impreso en España-Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*Para mi hermana, que también  
sigue carteándose con la monstra.*

*Para Martín, satánico y de pueblo.*

*Para Simón.*



*Puede que la tristeza la disimule,  
pero estoy hecho de arroz  
con gandules.*

Residente, en su canción *René*.

\* \* \*

*Yo era buena y  
delgada, alta y  
algo enferma.*

Gloria Fuertes, en su poema *Autobiografía*.



UNO



**L** OS SOPORTALES DE MI BLOQUE SE DIVIDÍAN EN TRES partes. Estaba, primero, el arenero o la zona de jugar, que tenía en el centro un revoltijo de yerros furrñosos con forma picuda, como de cohete casero en construcción. Coronar la cima era la mejor manera de lucir el monedero (nunca el dinero) como quien no quiere la cosa y sin correr el riesgo de que los hermanos mayores, junto con el humo de los porros, te escupieran zorrputaguarra más fuerte de lo habitual cuando no te quedaba más remedio que pasar aguantando la respiración junto a su banco.

Tarde o temprano, todas teníamos que pasar aguantando la respiración junto al banco de los hermanos mayores. Era un banco de madera con los bajos pringosos de chicles Boomer, el respaldo lleno de corazones tachados a navaja o con Rotrings de los gordos y una tupida alfombra de pipas Tijuana alrededor; y los hermanos mayores, que nunca bajaban de la decena, se las arreglaban para sentarse en él todos a una, casi como los veinte catalanes con chán-

dales idénticos que un sábado se apiñaron en aquel seiscientos amarillo ante la mirada experta de Ramón García y ganaron la mejor apuesta de la noche.

Aquel banco era una frontera. El peaje que las niñas debíamos pagar por atravesar la aduana casi nunca consistía en lo mismo y la verdad es que ninguna teníamos del todo claro de qué dependía. Quizás las gemelas tuvieran razón y lo mejor fuera cruzar cuando los hermanos mayores entrechocaban las viseras para examinar en una ronda apretadísima el fondo abisal de sus riñoneras. Entonces tenías al menos una remota posibilidad de volverte transparente o lo contrario a la carne de burro, que era una expresión que a Buela le gustaba cosa mala; y de alcanzar así el otro lado sin humaredas, escupitinajos, insultos, risas como las de los lobos de los cuentos o collejas.

El otro lado era el césped, también conocido como el cuarto maño, porque así lo llamaba mi mejor amiga. Marta la Gorda. El mote no servía para diferenciarla de ninguna Marta la Flaca. Los apodos que teníamos en mi bloque solo servían para refrescarle a cada cual sus taras. No fuera a ser que Marta la Gorda, a pesar de su cita mensual con el endocrino, se levantara una buena mañana creyéndose una sílfide; o yo misma pudiera olvidarme de que no tenía madre si dejaban de llamarme la Huérfana.

Además de haber heredado los huesos anchos y el metabolismo vago de su familia paterna, como explicaba su madre a las demás madres mientras vaciaban de publicidad los buzones, a Marta la Gorda un psicólogo-logopeda buenísimo (porque, al igual que el endocrino, era de pago, pasaba consulta en pleno Madrizenro y contaba entre sus pa-

cientes al hijo de Ana Obregón) le había diagnosticado una enfermedad consistente en que el abecedario, sin venir a cuento, se ponía a bailarle la jota en el cerebelo.

De ahí lo del cuarto maño. Lo teníamos reservado para los apretones de esas tardes en las que estábamos rozando de veras el récord que nos haría entrar por la puerta grande en el *Libro Guinness* y dejar a Ramonchu patitieso. Habría sido una auténtica locura que, en tales circunstancias, hiciéramos una pausa para subir cada una al baño de su casa. Sobre todo teniendo en cuenta lo lentorro que era el ascensor y que ninguna nos atrevíamos a montarnos con Marta la Gorda porque, cada dos por tres y sin necesidad de cargas extra, el cacharro se quedaba atascado en el entresuelo. Había que patalear y chillar de lo lindo hasta que alguien te escuchaba por el hueco de la escalera y se dignaba a avisar a los bomberos. Nadie pudo explicarme nunca por qué los camiones de bomberos tardaban en venir desde Zarzaquemada hasta El Carrascal más de lo que Buela, como también le entusiasmaba repetir, tardó en su día en subir andando desde Astorga a Compostela y volverse después de besuquearle la calvorota al santo para pedirle una serie de favores absolutamente confidenciales que debían quedar entre la divinidad y ella.

No podíamos permitirnos el lujo chino de perder ni un segundo en la carrera hacia el Guinness, de modo que pagábamos a los lobos el peaje que tocara, corríamos al césped o cuarto maño, nos bajábamos las bragas de algodón a la velocidad de la luz y regábamos en cuclillas el parterre pajizo, salpicándonos las zapatillas Paredes y los bajos de las mallas pesqueras de licra con gomilla de sujeción en el

empeine. Una de nosotras se quedaba montando guardia, por si a los hermanos mayores les daba por asomarse y, sobre todo, porque la vecina del tercero tenía la siesta ligera y una puntería digna de un francotirador: nos lanzaba pinzas de la ropa o nos vaciaba en el cabezo el caldero con el agüilla negra de fregar cada vez que nos pillaba allí meando como perras. Algunas veces vociferaba que pensaba chivárselo a nuestras madres o buelas en cuanto se las cruzara en el portal; otras, amenazaba con irle con el cuento al presidente de la comunidad, Paco el del quinto. Esas tardes terminábamos de dar saltitos y de menear el culo para sacudirnos las últimas gotitas bastante tranquilas, la verdad, porque sabíamos que Paco el del quinto trabajaba por las noches de equilibrista en la plataforma trasera del camión de la basura y se pasaba el día roncando sin escuchar el ruido del telefonillo.

**E**L TELEFONILLO SONABA A CORTOCIRCUITO. CUALQUIER día iba a conseguir que Buela, adormilada junto a la Panto en el sillón, se sacara un ojo con la aguja de punto.

—Bueli, que te aplatanas. Y está al caer la viuda.

Antes de reconocer que daba cabezadas durante todo el episodio de *Agujetas de color de rosa* y de perderse una sola de las apariciones estelares de Elisa Morán, viuda de Armendares, Buela se habría ensartado voluntariamente el otro ojo en la otra aguja de tricotar.

—Hay que ver, nena, lo fina que es esta mujer —se maravillaba, inclinándose mucho hacia delante—. ¿Verdad, Panto? —Al no obtener respuesta por mi parte, cambiaba enseguida de interlocutora.

La Panto era el ficus que se amustiaba desde hacía siglos entre el sillón y la lámpara de pie. Cada verano le salía alrededor de las hojas más grandes una inquietante cenefa dorada y parecía al mismísimo borde de la muerte. Luego

siempre se recuperaba milagrosamente, justo a tiempo para volver a dejarse cubrir de espumillones del Todo a Cien en diciembre y hacernos las veces de árbol de Navidad. Lo mismo, sospechaba yo, la inmortalidad de la Panto era uno de esos enigmas que se traían entre manos el santo gallego y Buela.

Buela nos tenía el piso hasta arriba de folclóricas en macetas de plástico. A diario, sintonizaba Radiolé en el transistor, se lo metía en el bolsillo del mandilón a cuadros azules y, a ritmo de copla, las regaba, les relataba las portadas de la revista *Semana* y les limpiaba el polvo de las hojas con una rodilla humedecida.

La Panto, como es natural, tampoco respondía gran cosa cuando Buela comentaba con ella la novela. Buela respiraba muy hondo, primero con las tetas y luego ya con todo el cuerpo, igual que los cachalotes de los documentales de La 2. Parecía como si quisiera esnifar la melena de la estrella mexicana Angélica María a través de la pantalla. Exclamaba:

—¡Y lo bien que trabaja! Es una actriz como la copa de un pino. En España, desde que se nos murió la pobre Gracita, que en paz descanse, ya no tenemos artistas así.

Para evitar mayores desgracias, en cuanto terminábamos de sorber el salmorejo del mediodía, aquel verano yo me aseguraba de dejar el auricular del interfono descolgado en la entradita para que no sonara hasta el final del capítulo. Sonreía orgullosa al pensar que, gracias a mí, Buela seguiría quedándose topo a su ritmo, de cataratas, un poquito más cada episodio y no todo de sopetón por culpa de un mal timbrado.

Existía un acuerdo tácito al respecto con las niñas del bloque. No bajábamos a los soportales hasta que terminaba el episodio del día, merienda en mano y canturreando la banda sonora:

*Uoh, oh, oh, yo tengo una novia que es un poco  
tonta, pero es mi gusto y la quiero mucho,  
no es muy bonita pero está reloca,  
¡uoh, si ella usa mallas también!  
Agujetas de color  
de rosaaa...*

En caso de urgencia, debíamos avisarnos lanzándonos piedritas del arenero a los cristales del balcón cerrado con aluminio visto. Pero con Marta la Gorda nunca se sabía. Yo, por si las moscas, prefería tomar precauciones y descolgar el auricular. Me quedaba a continuación en bragas, bajaba con el mayor sigilo posible todas las persianas del piso e iba pasando el mocho desde la cocina hasta el salón. Me fregoteaba también los pies descalzos, porque hacía un calor horrible y me daba igual que fuera verdad eso de que si te barren o te friegan los pies al final te quedas para vestir santos. De hecho, deseaba fervientemente que fuera cierto. Aunque cada vez jugábamos con menos ilusión a las familias, si tocaba, yo me inventaba un marido transportista internacional que solo paraba por el chalet adosado dos veces al año. Me dejaba en el taquillón fajos y más fajos de billetes y volvía a largarse a cargar o descargar el tráiler en Rumanía.

Buela, en camisola, ya alternaba las puntadas al tapete de ganchillo con los primeros ronquidos. Se espabilaba

apenas un instante cuando me sentía prender la tele y repantingarme en el sofá de escay.

—¿Has apretado bien la bayeta, nena? Con fuerza y por las juntas, sobre todo.

Que si no la roña no sale.

Y se le cerraban de nuevo los ojos medio velados de espuma y volvía el metal de las agujas a brillar homicida en su regazo, aguardando la próxima intervención de la viuda. Yo prefería de lejos la belleza de Paola Armendarres. Envidiaba hasta tal punto su pelo lacio, oscuro y reluciente, parecido al charol de las manoleínas inalcanzables en el escaparate de Los Guerrilleros (no compre aquí, vendemos muy caro), que algunos primeros planos me provocaban unos retortijones fortísimos de tripas. Paola giraba como una peonza de diamantes en la pista de patinaje ante los ojos celosos de sus dos eternos pretendientes, Martín y Julián; y yo me retorcí en pelota medio picada en el sofá sudado, que desprendía un tufillo como a ensalada de ayer, sujetándome el ombligo y estirándome tanto de los rizos para alisarlos que esa tarde me arranqué, sin darme ni cuenta, un buen manojo de pelo.

—Coñe, ¿y tú qué llevas en la mano, un hámster muerto? —preguntó Marta la Gorda cuando me asomé al balcón de aluminio visto para recriminarle que su pedrada por poco nos rompe los cristales esmerilados—. Perdona, hija, es que te he estado llamando al telefonillo y nada.

—Estamos con la novela. Ahora no puedo. Te esperas.

—Es que es una urgencia, tía. De verdad.

—¿Cómo de urgente?

—La polla de urgente. —Mi mejor amiga se llevó una mano a la boca al pronunciar estas palabras, en un vano intento por sofocar la carcajada. Con la mano libre, agitó en el aire lo que a primera vista parecía el envoltorio casi vacío de un flash.

Casi me tiro a los soportales en paños menores de Winnie de Pooh. Tenía ya una chancleta en el descansillo cuando me di cuenta. Corrí al tendedero y me enfundé del revés la camiseta tres equis ele que mi padre se había traído de Barcelona el verano en que le tocó trabajar haciendo lo que fuera que hacían los funcionarios en el estadio olímpico. Estaba todavía un poco mojada y me dio mucho gusto, porque olía divinamente a Mimosín. En la pechera salía Cobi con gorra sosteniendo algo que nadie sabía a ciencia cierta si era un cucurucho de leche merengada o el pebetero. Sin inmutarse por los flashes de las cámaras de periodistas venidos de todos los países del mundo, recuerdo a la perfección cómo aquel calvo uniformado de blanco lo encendió a la primera con un tiro de arco claramente trucado, en opinión de Buela. Las tres susurraban ya en el cuarto maño cuando llegué. Incluso la gemela Número Dos había llegado antes que yo. Roja como un Risketo, sostenía el flash a la altura del ojo sin parche. Se presentaba la última a todas las urgencias, chocándose con la barandilla de las escaleras y rígida como las muñecas de Famosa. No solo era culpa del parche para el ojo vago. El corsé ortopédico para la escoliosis que llevaba desde abril también tenía algo que ver. La fecha se me quedó grabada porque se lo pusieron cuando pasó a mejor película Gracita Morales. Buela y yo nos vimos el VHS de *Sor Citroën*, llorando a moco tendido

por el pobre Nando, absolutamente todas las noches esa semana. Las lágrimas por Nando se me mezclaban a ratos con las lágrimas por la mala suerte de Número Dos, que empezó a apestar a alcohol de romero porque el traumatólogo le había recetado además friegas diarias para mantener los músculos vivos bajo los yerros. Según ese traumatólogo, le quitarían el corsé antes de que fuera a la universidad y tampoco era ninguna tragedia: lo normal es que los árboles necesiten algo de ayuda para crecer rectos hacia arriba y dar muchos hijos en el futuro.

—¡Me toca, Robocop! —Número Uno le propinó un codazo a Número Dos en las costillas. Desde que Número Dos vivía dentro del corsé de Milkwaukee, Número Uno era la única que aún se atrevía a pegarle. Como se veían desnudas a diario, sabía perfectamente dónde zurrar para no romperse la mano con el metal que le llegaba a Número Dos desde la papada al monedero.

El flash cambió de manos. Número Uno espachurró con curiosidad el líquido blancuzco, grumoso, que quedaba en el extremo inferior; y nos propuso acercar las napias en orden y concierto para olerlo.

—¿Dónde lo has encontrado? —pregunté.

—En la basura de casa —explicó Marta la Gorda, con una sonrisa triunfal—. Dentro de un flan Dhul. Fijo que es de mi hermano, porque le había vuelto a pegar la tapa y todo, el muy gilipichis. Además, a mis padres los condones se los tengo contados. Los guarda mi madre en el cajón de los pantis y hace cinco semanas que no falta ninguno.

Traté de figurarme cómo sería vivir con una madre con la mesilla a reventar de pantis. Vivir con madre, sin

más. Si con nosotros viviera una madre, creo que me daría prácticamente igual que amontonara paquetes de Durex al fondo del cajón.

Recordé lo que, en su lugar, ocultaba mi padre entre los calcetines ejecutivo.

Pensé tanto en todas estas cosas que me terminó entrando la Arcada.

La Arcada era todo lo contrario a la Cosquilla. Esta, aunque también me dejaba exhausta, me resultaba mayormente agradable: me entraba, por ejemplo, al escuchar sin entender del todo las letras de determinadas canciones, al intentar descifrar las firmas arcoíris en las persianas metálicas de las tahonas del barrio, al leer a principio de curso las poesías de los últimos temas del libro de Lenguaje, al inaugurar cajas de lapiceros Alpino o al descubrir sobre mi bloque nubes que me sonreían con la cara bigotuda del dragón de *La historia interminable*. La Cosquilla era un poco como los regalices antiguos que Buela me compraba a veces en Caramelos Paco o como el palodú: algo raro, difícil de explicar y de morder, pero que, al fin y al cabo, tenía su gracia y daba cierta gusterá.

La Arcada no. La Arcada era otra cosa. Solía venir acompañada de unas ganas muy fuertes de llorar sin agua y de gritar sin voz e invadirme, por ejemplo, en el colegio cuando terminaba la primera las fichas de ejercicios (las mías y las de Samu, uno de los niños de integración de mi clase). Se lo decía a doña Cati y doña Cati me autorizaba a esperar al resto leyendo en el rincón de leer y en el rincón de leer resulta que ya me sabía de memorieta todos los malditos libros de la serie naranja de El Barco de Vapor.

Número Uno decidió de pronto que había llegado mi turno.

—¡Celia, espabila!

Me pareció que aquello apestaba a vestuario de piscina municipal.